

por Raúl Rivero. La fe supersticiosa del régimen castrista en la implícita fijación de la voluntad popular –fijación que degeneró luego en el campo de la autocracia– ha conducido, por una de esas perversiones que son tan frecuentes en las dictaduras, a la completa necrosis de la libertad en Cuba. Para el déspota, la disidencia no necesita exteriorizarse. Ni siquiera debe intuirse, sino tan sólo extirparse, y ello con un razonamiento quirúrgico, pues el descontento tiende a ser contagioso. Nadie debe ignorar que en la praxis revolucionaria fluye una verdad trascendente, o mejor aún, la totalidad de un ideario subsumida en el partido único. Dicho todo esto, la consecuencia es obvia: hay motivos de sobra para que el poeta Rivero, propenso a disentir desde un flanco irreductible, permanezca encerrado en una celda de Villa Marista, como inquilino forzoso de ese viejo colegio católico que Castro mandó habilitar como centro de la Seguridad del Estado.

Se percibe, sin duda, el gesto ejemplar del escritor en las anotaciones de otro disidente que lo conoce bien, Manuel Díaz Martínez. Así, describe este último cómo se deterioraron las convicciones revolucionarias de Rivero –cómo, a sus ojos, el pensamiento martiano y el lance anticaudillista fueron ahogados

por el colectivismo y el marxismo de grueso análisis–. En definitiva, son éstas unas convicciones cuya pérdida se entiende mejor al compás de la paulatina estalinización del castrismo.

Nada más explicativo, en este punto, que la llamada *Carta de los Diez o Declaración de Intelectuales Cubanos* (1991), firmada por el escritor y por sus afines con el afán de promover un diálogo entre el Gobierno y los grupos de la oposición. Sin duda, este coloquio hubiera tenido consecuencias liberadoras en lo económico y lo político, pero no es menos cierto que también resultaba inaceptable para el régimen, fomentador de una cómoda ortodoxia. De ahí que la *Carta* fuese considerada por *Granma* una inoportuna maniobra de la CIA.

El resto de la historia, divulgada por los medios internacionales, incluye gestos de gallardía –o de empeño, según se quiera–. A modo de ejemplo, recuerda Díaz Martínez que Rivero es el único de los diez firmantes de la carta que permaneció en Cuba. En tal situación, su cautiverio dispone de un perfil significativo y sirve para denunciar esta y otras muchas injusticias que fomenta el aparato dictatorial.

Sin caer en el abuso proyectivo, es posible adivinar en estos *Recuerdos olvidados* el mensaje humanista que interesa al escritor.

Vemos así aparecer, de acuerdo con las leyes de la décima y del soneto o incurriendo en el verso libre, una suerte de sobreentendido de la impaciencia, que tiene por correlato un evidente desasosiego existencial. «Sólo los recuerdos olvidados duelen más que el puro olvido», dice. Al cabo, «no es tan grave perder un nombre, un rostro y unos besos definitivamente. Lo insoportable es haberlos recordado y que la memoria no alcance para que se salven y nos traigan una línea de gozo o de suplicio».

En cuanto estrategia discursiva, el poemario compagina los aflujos sentimentales y el vértigo imaginario con textos más porosos, determinados por la actualidad del prisionero: «Un hombre enfermo y huraño / Ha puesto todo su empeño / Para verse año tras año / Dueño del país y dueño / Del amor, el odio, el sueño». Coincide con esta figuración simbólica el temor versificado que, eventualmente, se inmiscuye en otros poemas: «El miedo es el dolor con una máscara. / Un camarero que la muerte manda / A disponer sus ayunos y sus cenas». Como eficaz expresión de una intimidad asediada, líneas como las citadas bien pueden abandonar el reducto de lo personal para volverse emblemas colectivos, enlazando así con la apremiante circunstancia isleña.

**In-moral. Historia, identidad, literatura**, Enrique Lynch, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2003, 242 pp.

Ese fervor filosófico que disminuye en el panorama ensayístico español lo encontramos con generosa intensidad en los textos que acá reúne el profesor argentino Enrique Lynch. Entiéndase bien la afirmación: aunque son muchos los autores que filosofan en lengua vulgar, no abundan los tratados como éste, donde son tan evidentes el dominio de los resortes conceptuales, la cordura práctica y las aptitudes del buen observador. Analista fluido, así en el ámbito literario como en el histórico, Lynch pone al servicio de variables ideas un elemento común que él describe como enfoque moral. Por supuesto, no trata en esta empresa de seguir el camino de moralistas franceses al estilo de Montaigne, La Bruyère o Malebranche. Según propia confesión, ni siquiera aboga en sus reflexiones por moralidad alguna; y a despecho de ciertos indicios, también muestra hasta qué punto es apto un sentido moral *indeterminado*, embarazoso pero fecundo, a la hora de tantear contenidos propios de la ética filosófica. Claro que a este lado del razonamiento se agrupan los pensadores posmodernos en la estela de Vattimo, los renovadores de las teo-

rías epistemológicas –Luhmann, Watzlawick y compañía– y los inevitables teóricos del caos, pero pocos de ellos adoptan el tono imaginativo y emergente que distingue a Lynch.

Aún más: en este original merodeo, no deben pasar desapercibidas la variedad de intereses y la ausencia de prejuicios que caracterizan al autor, pues incluso en el título elegido (*In-moral*) llega a ser predominante esta perspectiva *fluida*, y por consiguiente mutable, de las ciencias sociales. Así, en un preámbulo aclaratorio, el ensayista destaca que la vaguedad semántica del prefijo *in* le permite ir más allá de su acepción negadora. Acompañado de acusativo o de ablativo, *in* puede significar «en vista de», «para», «por», «a favor de», «según», «de acuerdo con», «a manera de», etc; todo lo cual permite definir la moralidad en un ámbito que es complejo precisamente porque lo interpretamos como tal.

Por ciertos celos que ahora veremos, cabría identificar una parte del pensamiento de Lynch con aquella conocida tesis de Edgar Morin según la cual toda información, abandonada a sí misma, no puede evolucionar más que en el sentido de su desorganización. Entropía, en suma, que alimenta la incertidumbre de cualquier ojeada a eso que llamamos realidad. Véase, por citar un caso, cómo el autor

interpreta la supuesta *cientificidad* del discurso histórico: bajo su mirada, éste queda cerca de lo contingente, de lo intuitivo y veleidoso, según el criterio variable y falaz del investigador. Lejos, por consiguiente, de cualquier intento de emular las maniobras propias de la ciencia positiva.

Hemos caracterizado de una manera general el tramo de la obra en que domina esa indeterminación, pero lo cierto es que también adquieren protagonismo las paradojas, diseminadas en número bastante crecido. Una de las más notables atañe al triunfo de la ciencia y la tecnología sobre el punto de vista filosófico. En opinión de Lynch, semejante victoria no ha conducido a una sociedad más acorde con el ideal racionalista. Más bien sucede lo contrario: ha servido para acreditar que tal racionalidad resulta inalcanzable porque, como a contraluz, se perfila sobre el confín de la falta de sentido. Por decirlo de otro modo: a medida que se desarrolla, la trama positivista descubre un menor sentido en los hechos del mundo. Muestra de ello es el creciente interés por la complejidad como atributo intrínseco de la relación que entablan el sujeto y el objeto de conocimiento.

Por este cauce, circularidad y causalidad, progreso e indeterminación, orden, azar y necesidad son categorías que acaban entre-

cruzándose. Atento a ello, afirma Lynch que la teleología kantiana de la historia culmina realmente con una aspiración utópica, más bien identificable con el afán de que se lleven a término las disposiciones racionales que dotan al ser humano. Frente a este baremo de optimismo ilustrado, al autor le parece probable que los ciudadanos de la *polis* abandonen la idea aristotélica de la política como *filía* (vínculo amoroso entre amigos), y propendan a reafirmar las diferencias. En este dominio, adquiere fuerza el concepto de lo político según Carl Schmitt, para quien la principal diferenciación entre los individuos es la que se da entre amigos y enemigos. En la necesidad de respuesta a este proceso halla Lynch un marco del reciente flujo social. Con todo, si añadimos a este criterio un breve aporte de la teoría sistémica –Heinz Von Foerster cree que el sistema es la dinámica que engendra la

conducta que, a su vez, lo produce–, es claro que el devenir presenta matices inquietantes.

Al situarse en el punto de vista apocalíptico, el ensayista discute el temperamento de la crisis. ¿Acaso, en realidad, no se trata de una visión propia de la escatología judeocristiana? Desde luego, así lo considera Lynch, quien entiende además que toda escatología es de sesgo melancólico. De ahí que no le parezca una labor tan provechosa insistir en los matices de su significado.

En un estilo elocuente, incisivo, la secuencia de escritos que compone *In-moral* sigue desde el comienzo un enfoque comprometido con la actualidad. Es muy probable que sea precisamente ese interés –cifrado en mitos y utopías del presente– la mejor forma de entrar hoy en contacto con lemas filosóficos fundamentales.

**Guzmán Urrero Peña**



Lápiz 28,5 x 38,5 cm, Firmado SF, *Retrato de Marcus*



Lápiz 28,5 x 38,5 cm, Firmado SF, *Retrato de Marcus*